

Reseñas de libros

Natalia Berger

The Jewish Museum. History and Memory, Identity and Art from Vienna to the Bezalel Museum, Jerusalem

Leiden–Boston: Brill, 2017.– ISBN: 978-90-04-35387-9.– xviii + 584 págs.

Natalia Berger aborda en esta extensa monografía la historia de los primeros museos judíos en Europa y Jerusalén. La autora es especialista en museística, ha comisariado diversas exposiciones y ha escrito sobre distintos aspectos de la Diáspora (*Where Cultures Meet: The Story of the Jews of Czechoslovakia*, 1990; *Jewish and Medicine. Religion, Culture, Science*, 1995).

El tema es de gran interés, pues todavía se siguen creando nuevos museos judíos –como el de Varsovia (2013) o el museo judío en Madrid, que está en fase de proyecto– y reordenando algunos de los ya existentes. El relato que el museo propone a los visitantes es una cuestión clave y se construye a partir del concepto de identidad judía que se quiere transmitir. De hecho, el subtítulo de la obra, *History and Memory, Identity and Art from Vienna to the Bezalel Museum, Jerusalem*, refleja más acertadamente el contenido de este volumen.

El libro tiene un hilo conductor claro y bien estructurado e incluye un elevado

número de fotografías de retratos, documentos, objetos expuestos y salas de exposición, que constituyen un discurso visual paralelo y que permiten al lector salvar la distancia espacial y temporal.

A partir de la pregunta del porqué de los museos judíos, la introducción aborda la *Ciencia del judaísmo* (*Wissenschaft des Judentums*), el antisemitismo y el debate sobre la existencia de un arte específicamente judío, aspectos que van a influir en la configuración de los museos. Todas estas cuestiones se tratan en profundidad en los capítulos sucesivos. Se incorpora también una lista de museos que constituyen el origen de lo que luego serían los museos históricos y que pueden considerarse como los precursores de los museos judíos creados en el siglo XIX.

La primera parte del libro se centra en la colección de objetos de Judaica de Isaac Strauss que acabaría siendo expuesta en el Museo de Cluny de París en 1832, un ejemplo de la integración de los judíos en la sociedad francesa, y en la Exhibición histórica anglo-judía celebrada en Londres en 1887. Siguiendo la senda de las exposiciones universales que se organizaban por entonces, esta Exhibición se proponía suscitar el interés de la población por la historia de los judíos de Inglaterra. Las muestras de París y Londres tienen lugar en el contexto de la Emancipación

En ambos casos el acceso de los judíos a la burguesía y el papel que ésta desempeñó en el patronazgo cultural y en la colección de obras de arte fueron determinantes para la aparición de los primeros museos judíos, en una época en la que se puso de moda coleccionar objetos para preservar y documentar el pasado y se estaban fundando los primeros museos nacionales.

La segunda parte del libro está dedicada a la creación de los primeros museos judíos en los territorios pertenecientes a Austria-Hungría: Viena, Praga y Budapest. El estudio sigue siempre el mismo esquema: la historia de los judíos en la zona, el contexto histórico de la creación del museo, las figuras impulsoras, las distintas fases de la historia del museo y las dificultades que tuvieron que afrontar. En un período de creciente antisemitismo y fuerte impulso de los movimientos nacionalistas, estos museos buscaron contrarrestar sus efectos mediante un discurso positivo y reforzar la identidad judía de la comunidad.

El museo judío de Viena nació para paliar la falta de presencia judía en el relato histórico de los museos nacionales austriacos y presenta a los judíos como leales patriotas e individuos cultos y educados que conformaban una minoría religiosa. El deseo de subrayar su integración en la sociedad y no sus peculiaridades les llevó a destacar las raíces del pueblo judío en Israel, para lo cual incluyeron secciones dedicadas a la arqueología y a las antigüedades, que estaban ausentes en los otros dos museos, y a la España medieval, modelo de integración entre judíos y gentiles.

Los museos judíos de Praga y Budapest, en cambio, limitaron su área geográfica y se centraron en la historia de los judíos en sus respectivas comunidades destacando su aportación a la ciencia, la cultura, la política y la economía. En esta línea, el

museo judío de Budapest decidió no incluir la producción de los artistas húngaros que ya era exhibida en los museos nacionales, enfatizando así su participación en la nueva nación húngara.

La parte tercera del libro está dedicada al museo nacional Bezalel de Jerusalén, el primer museo judío que se creó fuera de la Diáspora. Por primera vez, la vida real del gueto, las persecuciones y el antisemitismo tuvieron un espacio en la construcción del relato narrativo de un museo judío. Los esfuerzos de los dos primeros directores por alcanzar la categoría de museo nacional se materializaron con la creación el Museo de Israel en 1965, cuya importancia y centralidad se vio corroborada por el espacio geográfico que ocupa el edificio, junto al Parlamento israelí y la Universidad Hebrea de Jerusalén.

Las partes segunda y tercera finalizan con un apartado dedicado a las conclusiones. La autora, que ha documentado con rigor la creación y evolución de cada uno de los museos judíos mencionados, se limita a presentar una visión de conjunto que coincide con la valoración que pueda haber realizado el lector del libro. Estas pocas páginas, un tanto repetitivas y que se limitan a señalar lo evidente, adolecen de una falta de profundidad.

El libro concluye con un epílogo que, en contraposición a las conclusiones, conforma algunas de las páginas más logradas del libro. En ellas presenta el origen y propósito del Museo de la Diáspora de Tel Aviv (1978), que es la culminación del anhelo de Narkiss de crear un museo etnográfico judío, para el cual fue adquiriendo fondos en el Norte de África y Oriente Medio. Este museo se ha convertido en un modelo para los nuevos museos judíos tanto por su objetivo (inducir al visitante a reflexionar y meditar) como por los me-

dios utilizados (maquetas, audiovisuales, fotografías de gran tamaño, etc.). A partir de este referente la autora hace una valoración del nuevo museo judío de Viena (1993), del de Praga –entregado a la comunidad judía en 1994– y del de Budapest (2014), abordando la coherencia entre el discurso de la memoria y los medios empleados para mantenerla viva.

En muchos casos, el origen de los museos partió de iniciativas privadas de investigadores, arquitectos, periodistas, artistas y del sector de las profesiones liberales, que vieron en estos proyectos una forma de darse a conocer entre la sociedad gentil al tiempo que demostraban su integración y lealtad a la nación. Los hombres y mujeres que se implicaron de forma activa y comprometida en la creación de los museos eran judíos culturalmente integrados en la sociedad, con frecuencia alejados de la religión tradicional pero que, al mismo tiempo, poseían una marcada conciencia de ser distintos. En este sentido, es llamativo que ninguno de estos museos aceptara exponer obras de judíos convertidos al cristianismo.

Natalia Berger establece una relación directa entre la personalidad del director y el éxito y relevancia del museo. Por ello se detiene en la biografía de cada uno, en su evolución personal y en cómo todo ello influyó en la comprensión de lo que debía ser un museo judío. Para muchos de ellos la fundación y su posterior mantenimiento y expansión fueron un empeño personal al que dedicaron su tiempo, energías y patrimonio. Entre ellos cabe destacar a Hana Volavkova, la única superviviente del personal del museo de Praga tras la Segunda Guerra Mundial, quien trabajó con gran determinación en la conservación de la memoria de las juderías checas exterminadas por los nazis; a Boris Schaft, pintor,

escultor y fundador del museo Bezalel, y a Mordechai Narkiss, su continuador en el cargo y experto en manuscritos. Estas dos figuras reciben una atención mucho mayor que la dedicada al resto de directores.

Boris Schaft fue un artista que poco a poco fue entendiendo la necesidad de crear un museo judío en Palestina. Muy próximo a las ideas del movimiento Arts & Crafts de Morris, insistía en eliminar la distancia entre artes y artes aplicadas. Esto le llevó a no reparar en las obras de artistas contemporáneos lo que suscitó el rechazo de estudiantes y jóvenes artistas. En *Jerusalén reconstruida* (1918) una obra de carácter utópico, expone las líneas maestras de lo que a su juicio debería ser el museo. Si Schaft buscaba piezas de arte judío o de autores no judíos con temática judía, Narkiss entendió que el museo debía incluir también todo tipo de obras de arte. A diferencia de las ciudades europeas, en Palestina no existían otros museos nacionales que se ocuparan de ello, por lo que la única forma de hacerlo accesible a sus compatriotas era incluirlos en las salas del museo. Aunque la colección de arte general no tenía obras de todos los períodos, tenía piezas destacadas como algunos grabados de Rembrandt o cuadros de pintores contemporáneos. Narkiss hizo un ingente esfuerzo por ampliar los fondos del museo y, sobre todo, por adquirir piezas de valor.

Con motivo de la participación de Narkiss en distintas organizaciones que trabajaban para recuperar los objetos expropiados por los nazis, Natalia Berger nos ofrece un relato pormenorizado de las instituciones que se ocuparon de esta restitución y de las actividades que se llevaron a cabo. Para él era un deber moral recuperar todos estos objetos, que consideraba el tesoro cultural de los judíos europeos, y trasladarlos a Israel. Esta tarea ya la inicia

durante la Segunda Guerra Mundial pero se intensificó en 1946 y en 1947. Narkiss colaboró clasificando y distribuyendo en grupos los objetos no reclamados que luego serían repartidos entre los museos judíos de América y el Museo Bezalel por una parte y diversas sinagogas por otra. De esta manera el Museo Bezalel incorporó a sus fondos numerosos objetos procedentes de estas juderías europeas. Es significativo que se diera por hecho al término de la guerra que las comunidades judías arrasadas no volverían a resurgir. Cómo distribuir las propiedades judías no reclamadas y a quién le corresponde esa herencia (las comunidades judías, el estado de Israel o los supervivientes) es una cuestión que a día de hoy sigue siendo objeto de discusión.

Estos museos no fueron concebidos exclusivamente como repositorios de la memoria. También se proponían ser dinamizadores de la cultura, centros que promocionaran la divulgación, la investigación y la creación artística. En Europa junto a los museos se crearon archivos donde se guardaban las fuentes documentales de la historia local de los judíos. En el caso de Jerusalén, tuvo una gran importancia la Escuela de artes Bezalel que, anexa al museo, impulsó la formación de los artistas y su actividad creadora.

La monografía trata los numerosos problemas que tuvieron que afrontar los museos como la constitución de los fondos y su ampliación mediante donación o compra, el traslado a otros edificios que dieran cabida a las nuevas colecciones, las decisiones sobre las piezas que debían exhibirse y las que debían almacenarse, la cata-

logación de las piezas, la falta de personal especializado, la forma de exponer las piezas, la falta de apoyos económicos... Pero también surgieron soluciones imaginativas. Schatz llevó por Europa, Estados Unidos y otros lugares del mundo una exposición de la artesanía producida en la Escuela Bezalel, cuya venta paliaría la falta de ingresos o la creación de los Amigos del Museo en distintas ciudades europeas, que apoyaron al museo con donaciones de obras de arte. La autora entrelaza hábilmente la historia de los museos con el contexto histórico, político, económico y social en el que surgen. En este sentido podemos decir que es también un libro de historia para el que ha utilizado fuentes escritas en lenguas eslavas, muchas de las cuales son de difícil acceso.

Natalia Berger consigue atraer el interés del lector por una materia poco conocida como es la museística. A través de una investigación bien documentada y una lectura amena y sugerente presenta las aportaciones de esta disciplina en la construcción de la identidad judía en los siglos XIX y XX, una identidad que buscaba armonizar la integración de los judíos en la sociedad con el sentimiento de pertenencia a un grupo minoritario. Los museos judíos no solo mostraron a sus contemporáneos quiénes eran los judíos sino también cómo querían ser vistos por los gentiles, y fueron utilizados como instrumento para luchar contra los estereotipos, los prejuicios y el creciente antisemitismo.

Guadalupe Seijas

Universidad Complutense de Madrid